

JULIA ZENKO



Jaie Sure



GALERNA

Jaie Sure

JULIA ZENKO



Jaie Sure



Zenko, Julia

Jaie Sure / Julia Zenko. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Galerna, 2025.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-631-6632-51-7

1. Memoria Autobiográfica. 2. Música. I. Título.
CDD 808.8035

© 2025, Julia Zenko

©2025, RCP S.A.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna, ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, de grabación o de fotocopias, sin permiso previo del editor
y/o autor.

ISBN 978-631-6632-51-7

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Diseño y armado de tapa e interior: cerúleo

Ilustración de tapa: Teté Cirigliano

Fotografía de solapa: Carlos Aguilar Uriarte

Primera edición en formato digital

Versión: 1.0

Digitalización: Proyecto451

Índice de contenido

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[PRÓLOGO](#)

[EPÍLOGO](#)

Puntos de referencia

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Tabla de contenidos](#)

[Comienzo de lectura](#)

AGRADECIMIENTOS

Cuando empecé a escribir estos recuerdos estábamos viviendo una pandemia. Pasaba muchas horas sola en mi casa, hablando con mis seres queridos, a través de una pantalla.

Por las noches, con la compañía de mis gatas, sentía que quería dejar escrito para mí y para mis hijas algunas cosas que tenía en mi cabeza y que no quería olvidar, por si algún día llegaban los olvidos...

Así que, dicho esto, dedico este libro a mis hijas y a mí.

Agradecer con todo mi corazón a Alelí Alegría Cuba que fue la impulsora de esta idea de armar un libro con estos textos.

Gracias a Carolina Di Bella, gerenta editorial en Galerna, quien me ayudó con su talento en el proceso de la escritura.

Gracias a Pata Liberati por las hermosas palabras de su prólogo.

Gracias a mi hermano, Juan Simón Trzenko, por estar cerca de mí, siempre.

Y gracias a la vida, que me da tanto....

PRÓLOGO

Por Pata Liberati

El nacimiento de Julia pudo haber sido una tragedia, como ella relata, pero terminó convirtiéndose en una bendición para todos los que disfrutamos de su voz.

Cuando Julia interpreta, todos nos preguntamos: ¿de dónde saca tanta emoción? ¿Tanta capacidad para transmitir? ¿Tanto don para hacer vibrar nuestras historias y sensaciones como si nos conociera?

Las respuestas están en este libro.

Julia fue una niña tímida y observadora, que no solo absorbió lo que veía a su alrededor, sino que también lo fue desmenuzando, analizando, alquimizando, desentrañando secretos, dándoles luz, brindándoles una nueva voz.

Es esa niña devenida en una mujer comprometida y presente la que nos “despierta” a lo propio cuando canta.

Este libro nos permite entender la materia prima de semejante artista.

Una historia rica, tragicómica, descarnada, pero sobre todo épica.

¿Por qué épica?

¡Porque su protagonista logró convertirla en un poder!

Poder no sólo para ella, sino para dejarle a sus hijas un relato con menos carga.

¡Qué hermoso regalo de la vida fue que su madre la haya llevado a clases de canto a tan temprana edad!

Seguramente, lo hizo por ella, sin sospechar que íbamos a disfrutarla muchos.

Escorpio, Capricornio, Acuario.

¡Profundidad, solidez, creatividad!

¿Qué podía salir mal?

Este texto es tan auténtico como comprometido, y está escrito de manera intimista, analítica, política, feminista... En las páginas nos encontramos con una mirada tan honda y genuina como eso que sentimos cada vez que escuchamos a Jaie Sure cantar.

Así que, si ya disfrutan de su voz cuando canta, es momento de disfrutar su voz por escrito.

¡Gracias Julia!

“Cuando vos naciste casi me muero yo... y vos también”, repetía mi mamá. Placenta previa. Hemorragias. Transfusiones de sangre para ella.

Casi una tragedia.

Así llegué a este mundo, un 30 de octubre de 1957.

► En 1957 el presidente era Pedro Eugenio Aramburu. Se vivía una dictadura militar. El 1 de mayo de 1958 asumió la presidencia Arturo Frondizi.

¿Mi signo?

Escorpio, ascendente en Capricornio, Luna en Acuario.

Nací a las 10.30 de la mañana. En el horóscopo chino soy Gallo.

Julia Nora Sara Trzenko (*Jaie Sure*, mi nombre en *idish*).

Mamá se llamaba Paulina (*Pesale*) y papá, Roberto (*Srulque*). Mi hermano, Juan Simón (*Ianquef Shime*), tenía 6 años cuando nací. Mi abuela materna era Ana (*Jane*) y la paterna, Aída (*Ides*). El abuelo materno fue David (*Duved*); y el paterno, Víctor (*Velvu*).

Vivíamos en un barrio porteño de Buenos Aires, La Paternal, en la calle Beláustegui 1120, entre Paysandú y Espinosa. Nuestra casa era pequeña. Allí viví hasta los 6 años. Cada vez que llovía, la zona se inundaba y yo me entretenía mirando por la ventana a los vecinos yendo y viniendo con gomones y botecitos, seguramente para ir a comprar o a trabajar.

Nací en el seno de una familia humilde. Papá era aparador de zapatos; mamá, ama de casa. Recuerdo la entrada que daba al comedor. Más allá, estaban el taller de papá y el dormitorio de mis padres. Yo dormí con ellos los primeros años de mi vida. Había un baño, luego la cocina y a un costado, un pequeño patio.

Creo que los golpes del martillo que usaba mi papá para trabajar y la máquina de coser zapatos fueron la primera música que escuché.

► En 1963 asume como presidente constitucional el radical Arturo Illia.

Dicen que los primeros años son los que marcan tu personalidad, tus miedos, tu camino en la vida. *Eso dicen...*

Cierro los ojos y me veo con mi vecina jugando al elástico en la vereda. O armando collares de fideos para luego sentarme en el umbral de la puerta de mi casa para venderlos en el barrio.

Salir a jugar a la calle era algo cotidiano. Yo era una nena tímida, muy observadora y curiosa.

Al poco tiempo de nacer, mi papá dejó el taller y comenzó a trabajar en una carnicería. Era un hombre fuerte. Yo lo veía llegar a casa con las manos doloridas y lastimadas luego de la jornada. En su nuevo trabajo, se ocupaba de cortar (en realidad “descuartizar”, pero no me gusta esa palabra, aunque es la que utilizan los carniceros) la media res. La bajaba del camión, se ponía una tela blanca en la espalda y la cargaba. Aún conservo esa imagen en mi memoria con nitidez. Luego separaba las partes, y a veces se lastimaba con los huesos. Cuando volvía a casa, mi mamá lo recibía con una olla llena de espadol; él sumergía sus manos y así calmaba el dolor. Aun cuando los años han pasado, todavía huelo aquel olor a desinfectante.

Cada día comíamos en la mesa del comedor. Se miraba la televisión y casi no circulaban palabras... Yo miraba. Observaba todo con mucha atención. En la tele pasaban *Grandes valores del tango*. Y películas argentinas con música. También se escuchaba la radio. Mis viejos amaban la música y el teatro. Iban al cine. La música era una integrante más de la familia. Me acuerdo de mi papá cantándole al lunar que tengo cerca de la boca: "Ese lunar que tienes, cielito lindo, junto a tu boca, no se lo des a nadie, cielito lindo, que a mí me toca. Ay, ay, ay, ay, canta y no llores, porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazones...". ¿Será esa canción la que marcó mi camino con el canto?

Ahora me veo parada en la cuna. Mi mamá grita “una rata” y mi papá corre con una sopapa de palo largo para atraparla.

De chiquita tuve una tortuga. Mi hermano le sacó un ojo con la aguja de tejer de mi mamá. Juan estaba celoso y hacía de todo para molestarme. Un día le cortó el pelo a mis muñecas. Era asmático. Tuvo su primer ataque cuando yo nací. Me hacía bromas pesadas (ahora se lo llama *bullying*): se reía de mis orejas (me decía Dumbo), de mi nariz ("Hola, narigasnada", me saludaba), inventaba motivos para enojarme. Él, lindo, inteligente, rebelde, con orejas chatas y una hermosa nariz; bailaba rock, nadaba, jugaba al ping-pong, ganaba medallas, era muy lector.

La infancia de Juan no venía siendo fácil. Me causaban impresión dos especies de quemaduras que tenía a los costados de su panza. Mamá me contaba que había nacido con dos heridas abiertas que ella fue curando con cremas y cuidados. En mi familia aquello era motivo de bromas; decían que parecía un pollo al espiedo.

Juan solía llevarse siempre muchas materias, pero las rendía bien y todas en vacaciones. Era un actor de alma, tomaba clases con Agustín Alezzo, estudiaba todo lo referente a la política, y fue militante en épocas duras.

Muy joven, se casó con Silvia. Hoy continúan juntos. El hermano de mi cuñada, Juan Miguel (*Micky*), desapareció durante la dictadura militar en 1978 cuando estaba por cumplir 23 años. Juan y Silvia tienen tres hijos: Natalia Andrea, Juan Pablo y Bárbara, mis sobrinos. Natalia nació en 1975, a mis 17.

► En 1974 asumió la presidencia María Estela Martínez de Perón, luego de la muerte de Juan Domingo Perón. Años más tarde, en 1978, el presidente (de facto) era Jorge Rafael Videla. Se vivían los años más oscuros de nuestra historia argentina.

Juan fue una gran influencia para mí en la música y el teatro. Yo lo veía y lo escuchaba con mucha curiosidad y atención mientras hablaba con mi familia y con amigos. Él no lo sabía, pero era un referente para mí. Recuerdo que quiso ayudarme a ver lo que estaba sucediendo en nuestro país en ese momento proponiéndome que leyera libros que, desde luego, mi mamá se encargó de tirar a la basura.

Crecí en una casa musical, con un repertorio ecléctico que sin duda me formó. Había discos de mi hermano, de mi mamá y algunos que habré comprado yo. La combinación incluía a Daniel Viglietti, Víctor Heredia, Mercedes Sosa, Los Beatles, Rafael, Sandro, Alberto Cortés, Chico Buarque, Wilson Simonal, Julio Sosa, Serú Girán, Tom Jones. También recuerdo los de Leonardo Favio, Juan Marcelo, Raúl Abramzon, Alta tensión, Música en libertad...

En casa había un Wincofon con tres posiciones para discos de 78, 45 y 33 rpm. Para los vinilos de 78, teníamos un dispositivo complementario que se colocaba en el centro para ampliar el radio del círculo y así sujetarlo para que pudiera girar correctamente. Yo usaba ese objeto como micrófono cuando jugaba a ser cantante frente al espejo. Todavía lo conservo.

Se me movía un diente. No se caía. En la esquina de casa vivía un señor que, creo, era dentista. Mi mamá me llevó con él. Él me hablaba y me hablaba y me pedía que le mostrara el dientito que se movía.

De repente, metió su dedo en mi boca y lo arrancó...

¡Lo arrancó de prepo!

Lloré y lloré.

Y lo odié.

Mi papá tenía dos hermanas, mi tía Ester y mi tía Adelina. Los domingos solíamos ir a la casa de mi tía Ester. Con mi tía Adelina no había mucho trato. ¡Cuánto disfrutaba de ir a su casa! Ella estaba casada con el tío Pancho, y tenían tres hijos, mis primos, Rubén, Marta y Mariana, quien llegó más tarde a la familia, era adoptada. En aquella casa siempre había mucho movimiento, gente entrando y saliendo, mate de mano en mano, humo de cigarrillos, facturas y dulces. Yo le decía a mi tía que quería ayudarla y le pedía lavar los platos; entonces ella me daba un banquito para que me subiera y así pudiera hacerlo. También me gustaba planchar; de hecho, mi mamá me daba los pañuelos de mi papá para que los planchara y yo, feliz.

Los carnavales eran inolvidables. La calle se cerraba y había música, juegos, bombitas de agua. Corríamos para mojarnos y nos moríamos de risa con los vecinos en la vereda sentados. Todo esto pasaba en la cuadra de la casa de mi tía Ester. Ella fumaba mucho; murió de cáncer de pulmón, igual que mi papá.

Siempre tuve problemas con mi peso. A los 12 años pesaba 72 kilos. Engordar, adelgazar, engordar, adelgazar. Estoy convencida de que si en vez de llevarme a médicos que me recetaban pastillas para no comer me hubiesen llevado a un terapeuta, habría sabido “exactamente” el motivo de aquellos altibajos. Pero en esa época solamente los locos iban a terapia... Años más tarde llegué a la conclusión de que lo que me engordaba era todo lo que observaba y me callaba...

Estaba terminando la primaria. Recuerdo que iba a la escuela Alberto Einstein, un colegio privado que pagaba mi abuela Jane.

- (Felipe Pigna me contó que fue a la misma escuela).

Cada año, como festejo de fin de curso, se celebraba una gran fiesta en el Teatro Ópera. Recuerdo especialmente la de ese año, 1969, porque fue cuando descubrí que cantaba lindo. Todo el grado estaba en la sala de música. Hoy sé que ese fue el principio de mi camino. A la distancia, me pregunto por qué a mis 12 empecé a estudiar canto. Tal vez porque ese día llegué a mi casa tan feliz por lo que había ocurrido durante el ensayo, que mi madre tomó la decisión de llevarme a estudiar.

- En 1969 se vivía la presidencia de Juan Carlos Onganía, y nuestro país seguía bajo el poder de los gobiernos de facto.

No sé cómo mi mamá dio con ella. Lo cierto es que un día me vi en un departamento aprendiendo canto con la maestra Ester Plotkin.

Aquel sitio era pequeño y bastante oscuro. Estaba lleno de caracoles de todos los tamaños y colores. A veces mi mamá se quedaba a presenciar la clase y otras se iba a tomar un café y luego me venía a buscar.

En la sala había un piano, un sillón, y yo, parada frente a un pequeño espejo, observaba mi cara mientras hacía los ejercicios. Después de cada vocalización, ella, que ya era una señora grande, se limaba las uñas. Me acuerdo que me llamaba "mi cascabelito".

Ester no quería que yo cantara antes de convertirme en señorita...
Un día me mostró que en su mini cocina tenía una caja con algunas tortuguitas. Agarró una y la puso en diagonal frente a su cara mientras le cantaba. Juro que la tortuga abría la boca como si estuviera cantando, en silencio, con ella.

A veces me pregunto si realmente era yo la que quería cantar profesionalmente o si aquello era un deseo de mi mamá que amaba las artes y que no había podido hacerlo. De todas formas, hoy sé que cantar es una de las cosas que amo hacer en la vida.

Cuando era chica me gustaba quedarme a dormir en la casa de mis abuelas. Aquellos eran sitios tan diferentes. Mi abuela materna, Jane, vivía en un departamento lujoso. Allí había muebles de estilo, espejos, sillas importantes. Ella siempre iba bien vestida, maquillada y peinada de peluquería, con las uñas impecables y con aroma a Chanel número 5. Me gustaba mirarla cuando se maquillaba. En su casa, comíamos cerezas y frutillas. Por la noche, usaba un camisón de seda que se ponía frente a mí dándome la espalda. Yo dormía con ella y mi abuelo David. Al principio, en el medio de los dos, y después, a los pies.

Años más tarde supe que mi abuela tenía un amante que pagaba todo. Pero de eso hablaré más adelante.

Mi abuela Jane tenía una vecina modista con dos hijos. Yo iba a jugar mucho con ellos. Un día me mandaron a comprar hilos de coser al negocio de botones que había al lado del edificio en Av. Corrientes 4907. Había ascensor, así que bajé y compré los hilos. Cuando volví vi que un señor pelado estaba parado en la puerta del edificio. La puerta estaba abierta. Cuando traspasé el umbral para subir al ascensor él me siguió y trabó la puerta con su pie. Recuerdo que tenía carpetas en las manos. Y la pelada que le transpiraba. Me dijo que me bajara la bombachita y que no tuviera miedo, que no me iba a pasar nada malo. Yo, aterrada, me bajé la bombacha y él con su dedo me tocó la vagina y luego se chupó el dedo. Lloraba. Yo, lloraba. Luego me dijo: "¿Viste que no te pasó nada malo?", y se fue. Me subí la bombacha y subí a la casa de la modista llorando. Estaba el marido, que bajó inmediatamente, pero ya no había nadie. No me acuerdo cuánto se preocuparon mi abuela y mi mamá por lo que había pasado. Y esto es lo que ahora me resulta más curioso de esta historia. Tengo como nublado el recuerdo. No sé si se los conté o me dijeron que me olvidara...

Yo era muy chiquita.

Creo que todavía no había cumplido ocho.

Más allá de la situación de mi abuela Jane, nosotros éramos una familia de clase humilde. A veces íbamos a pasear por Avenida Corrientes para "mirar vidrieras". Me gustaba eso. También al Itaipark, aunque no recuerdo si me llevaban mis padres o mi abuelo David; yo subía a los autitos chocadores y amaba esquivar los autos para evitar chocarlos. Hasta el día de hoy, manejar es una de las cosas que me hacen bien.

En ese momento, amaba mirar cómo manejaba la gente. Teníamos un Fiat 600. Yo observaba la forma de conducir de mi papá o, cuando viajaba en colectivo, prestaba atención a cómo movían la palanca de cambio. Primera, segunda... los pedales. Sin embargo, el tren fantasma me daba miedo, y también las ruedas giratorias gigantes.

Mi abuela paterna, Aída (*Ides*), a la que llamaba mi abuela gorda, vivía en un conventillo. Íbamos seguido a visitarla. Estaba casada en segundas nupcias, ya que su primer marido había muerto antes de que yo naciera. De él me habían contado que heredamos el amor por la música, el canto y el teatro. De origen polaco, él había sido un actor aficionado y cantante de templos. Su muerte es algo que nunca me quedó en claro (como muchas otras situaciones familiares).

En el conventillo había muchas piezas y un baño al fondo con letrina. Me bañaban en un tacho con agua. A mi abuela le tocaba una mini cocina que me parece se cerraba con llave cuando no la usaba. Ahí preparaba delicias de la comida judía. Era cocinera profesional del “Ciervo de oro”, una famosa casa de comidas típicas de la colectividad. Uno de mis platos preferidos era el cogote de pollo relleno. En este plato la grasa del pollo se retira y el cogote se rellena con la grasa fritada en una mezcla de cebolla salteada que se sazona con sal y pimienta. Luego se cosen las puntas del cogote y se hierve. Mientras lo describo me sobrevienen náuseas, sin embargo, por aquel entonces, me encantabaaa! Un plato dulce era la torta de fideos con miel, pero en este caso no recuerdo la receta. También había *kneidales*, caldo de pescado y *borsh*.

En la pieza había una cama matrimonial, un ropero y una mesa, y no entraba nada más. Siempre la “pelela” debajo de la cama por si a la noche teníamos ganas de hacer pis. Si esto ocurría, al otro día se tiraba a la letrina.

Yo jugaba con la panza de mi abuela Aída como si fuera una masa. Se ve que a ella no le molestaba. Me llamaba la atención que no podía estirar el dedo índice de una de sus manos. Cuando le preguntaba, me contaba que se había pinchado con un hueso de pescado y que nunca se lo arregló.

Mi abuela gorda era muy poco cariñosa. No dejaba que la besaran. Mi papá la jodía y ella lo echaba diciendo "Salí, hijo puto", y no por lo sexual. Es que ella hablaba muy mal el castellano. En realidad, quería decirle "Salí, hijo de puta", ya que era muy común que los adultos se hablaran así medio en joda.

Recuerdo que había una familia en el fondo del conventillo. Con una de las nenas de esa familia jugábamos a darnos besos, a tocarnos, al médico. No solo con ella jugaba así. Con la hija de unos amigos de mis padres también. Era todo en secreto. Siempre con nenas. No tenía amigos varones.

Desde chiquita se me ocultó gran parte de la historia familiar. Por ejemplo, que David (mi adorado abuelo), marido de Jane, mi abuela flaca, no era mi abuelo biológico. Casi me muero de tristeza cuando lo supe. Mi *sheide*. Con sus anteojos culo de botella, su toscano, sus chicles Adams, su pelo negro, su sonrisa franca, su mano agarrando la mía cuidándome... Él fue lo más lindo de mi niñez. Era peletero. Me llevaba a visitar a sus amigos en la calle Libertad. Recuerdo a uno que vendía cosas antiguas y que tenía un gato negro. Íbamos a comer a Edelweiss (que todavía existe), y yo arrodillada en una silla disfrutaba de mi postre preferido: frutillas con crema.

Con él me sentía querida.

Los sábados acostumbraba jugar al póquer con sus amigos. Le gustaba la ginebra Bols y su famoso Schnapps. Cebolla, anchoa, un pedacito de pan ¡y adentro!, con un trago de la ginebra. Te regalo el aliento... Recuerdo su boca, sus dientes, sus manos perfectas. Se quedaba dormido en el sillón con el habano en la mano y la ceniza crecía... hasta caerse.

En su casa, me gustaba comer cerealitas con Coca-Cola, y mezclarlo todo en mi boca. Siempre había cerezas y frutillas. También solía venir una señora que ayudaba con la limpieza a la que había que saludar siempre con mucho respeto. Creo que se llamaba Antonia.

La cocina era muy pequeña. Había un comedor y un balcón que daba a la calle Corrientes. Allí nos juntábamos para festejar el Año Nuevo judío, y otras fiestas de la colectividad. No éramos religiosos, pero sí tradicionalistas.

Con los años, todo eso se fue perdiendo...

Hablaban en Ídish a veces, cosa que yo odiaba porque no entendía nada. Lamento no haber aprendido ese idioma.

Los martes se juntaban algunos señores a jugar al póquer con mis abuelos. Cuando yo estaba de visita me dejaban quedarme ahí, aupa de mi abuelo, sentada alrededor de la mesa octogonal con felpilla verde que tenían especialmente para jugar. La mesa de madera contaba con una tapa redonda que se sacaba para el juego. Todavía conservo la caja de fichas. Un tesoro que me acompaña. También, una medalla que siempre usaba David. Una estrella de David que luego pasó a mi papá y que cuando él partió quise tenerla conmigo.

Si hubiese tenido un hijo varón, se hubiese llamado David.

Mi abuela Jane estaba muy presente en nuestras vidas. Ella ayudaba mucho a mis padres. Especialmente con dinero.

Fue realmente un shock enterarme de que David no era mi abuelo de sangre y que ese señor al que visitábamos en Brasil era mi abuelo biológico.

La historia de Jane es muy dura. Se crió en un prostíbulo de Polonia o Rusia (nunca me quedó en claro); era hija de una prostituta llamada Paulina. Simón, uno de sus clientes, se enamoró de Paulina y decidió sacarla del prostíbulo y llevarse a mi abuela y a su madre por amor... En ese momento, mi abuela era chiquita. Tiempo después, Paulina se enfermó y murió. Ese señor "hizo" su mujer a mi abuela y la embarazó. Cuando llegaron en barco a Montevideo, Jane dio a luz a mi mamá. El destino final del barco era Argentina, en el barrio de Avellaneda.

Ahora empieza la historia que me contaron, aunque no significa que sea la real.

Jane tenía 15 años. El barco hizo escala en Uruguay. Mi mamá nació allí, el 10 de marzo de 1929. Luego llegaron a la Argentina y se instalaron en Avellaneda donde tenía sede también una red de trata llamada Zwi Migdal formada por hombres que venían de Polonia y Rusia trayendo niñas para ejercer la prostitución, de la que evidentemente Simón formaba parte.

Mejor pasemos a recuerdos con finales felices.

Estábamos en la casa de mi abuela Jane. Mi mamá y mi abuela hablaban en el comedor. Yo era chiquita y fui al baño a hacer pis. Cerré la puerta por dentro con la llave que estaba puesta. Cuando quise salir, la puerta no se abría. La llave se cayó y yo empecé a llorar encerrada. Mi abuela y mi mamá me hablaban para tranquilizarme, y me daban instrucciones para poder abrir. Aquellos fueron unos minutos desesperantes para ella ya que en el baño había una ventana y temía que yo quisiera salir por ahí. Con mucha paciencia de ellas y obediencia mía logré abrir la puerta. Inmediatamente, mi abuela agarró la llave y la tiró a la mierda diciendo "Acá no hay más llaves".

Fuimos con mis padres y mi hermano a las piletas públicas "La Salada" que estaban en Puente de La Noria... Ellos estaban charlando con amigos alrededor de una mesa, riendo, tomando, comiendo. Y yo, con mi papá, en la pileta. No sabía nadar. Estaba sentada adentro de una especie de flotador que se parecía a una rueda de auto, pero sin el agujero en el medio. En un momento, mi papá se fue y yo quedé solita jugando a ir de aquí para allá con mis manitos a los costados. El tiempo pasaba y mi papá no volvía. De a poco, me fui acercando a la escalera por donde subían y bajaban las personas, pero era tan miedosa que no estiré los brazos para llegar a agarrarme de la baranda. Pensaba que podía caerme. No era arriesgada, todo lo contrario. Entonces, empecé a llamar a mi papá, pero no me oía, ni él ni nadie. De pronto, escuché a mi mamá que preguntaba: "Srulque, ¿dónde está Jaie Sure?"... Y fue ahí que vinieron corriendo a la pileta. Me encontraron llorando sin parar. Estoy convencida de que en ese momento el miedo me salvó.

Repasando, recuerdo que tuve otro temita con una pileta. Estaba en una casa con amiguitos, era verano y todos llevaban malla para jugar en el agua. Yo no entraba porque le tenía miedo y además no sabía nadar. De repente, vino un nene y me empujó. iiiSentí pánico!!!! Tragué agua, y viví la desesperación de no poder salir. Tuvieron que ayudarme.

Mi familia no era numerosa. Mi mamá era hija única. Ella nos contaba que mi abuela había tenido un hijo varón que había nacido con una deficiencia en un bracito: la mano estaba pegada a su hombro. Y que había muerto de bebé. Aparentemente, mi abuela se había caído de una escalera embarazada. Antes de partir de esta existencia, Jane me contó que su marido le pegaba. Él era muy celoso. Se separaron cuando mi mamá tenía cuatro años. Él se fue a vivir a Brasil y dejó ordenado que mi mamá no viviera con mi abuela, y que se instalara en la casa de una amiga suya. En esa casa no le daban de comer ni tampoco el amor que necesitaba.

Hasta que un día mi abuela Jane volvió para llevarse a mi mamá. Según mi mamá, aquellos no fueron años felices. Limpiaba la casa y cocinaba, y mi abuela recibía señores que iban con ella a una pieza. Mi mamá tenía que taparse los oídos para no escuchar los gemidos cuando tenían sexo.

Mi hermano era muy travieso de chico. Cuentan que un día mi mamá quiso darle un cachetazo porque se portaba mal y él se agachó. Ese cachetazo iba con tal fuerza que mi vieja se quebró el dedo... Quizás yo vi todas esas cosas. Tal vez por eso, un día que tiré un cenicero sin querer me puse a llorar cuando vi que mi mamá se acercaba como para pegarme. Para mi sorpresa, me tomó en sus brazos, me calmó y me dijo "No pasa nada".

Fui educada con eso de las miradas. Mi vieja me miraba y yo temblaba. Y seguramente, al ver cómo le pegaba a Juan, mi miedo se alimentaba. Sin embargo, yo fui una nena súper obediente y tranquila. En una reunión con amigos o familia, yo me acercaba diciendo que tenía sueño, y mi mamá me decía: "Andá a la silla y dormí", y yo iba.

Después de una meditación guiada por Deepak Chopra que me resultó muy reveladora, me vino a la mente el nombre de mi libro. Se va a llamar "Jaie Sure". Una historia no del todo autobiográfica porque contará algunas escenas de ficción que responden al paso del tiempo y a los recuerdos medio confusos. Después de todo, la escritura es una reescritura de lo vivimos, nunca puede ser absolutamente cierta ni totalmente falsa.

Siempre dije (lo habré leído o escuchado en alguna parte, o por tantos años de terapia, algún taller y mucho Freud) que los primeros seis años de vida te marcan para siempre. Decidí escribir este libro para trasladarme a esos años, tratando de plasmar en el papel recuerdos y algunos momentos de mi vida. Escribo para traspapelarme en la vida de quien me lea, para comprender y comprenderme hoy. Y mientras lo hago, los sentidos se avivan, se despiertan, y observo imágenes, huelo aromas, y transito como si acabaran de suceder aquellas fobias de mis primeros años. Escribir me lleva a mí, me vuelve a mí, y me saca de mí para volcarme en cada página, en cada palabra, para encontrarme y reconocirme en esta que soy. Tal vez, sin saberlo, casi como un impulso que parece espontáneo pero que debe llevar años gestándose en silencio, la escritura llega para abrir en mí la posibilidad de aceptar, de sanar.

Digo "adolescencia" y veo la imagen de mis 15. Con ese peinado horrible, el pelo alisado (no se usaban los rulos) de peluquería, y mucho spray.

Bien con la silueta teniendo en cuenta que a los 12 pesaba 72 kilos. Y mi vieja, illevándome a un médico que me daba medicación para adelgazar! Esas pastillas me ponían como loca y hacían que mi potasio bajara hasta el punto del desmayo.

Un día fui con mi papá al kiosco a comprar cigarrillos. Sin querer, yo me apoyé en un vidrio que cubría las golosinas. "No se apoye ahí, señora...", dijo el kiosquero. ¿Señora? Creyó que yo era una señora a mis 12 años... Me dolía eso.

Vuelvo a mi fiesta de quince. Había adelgazado y hasta tenía novio, Mario. Lo había conocido en el club David Wolffsohn. Yo no iba habitualmente, pero una amiga me había invitado a una fiesta allí. Y ahí lo vi. Tan lindo, con el pelo largo rubio ceniza, la boca gorda, alto. Y con una sonrisa hermosa. Yo era muy tímida e insegura, estaba llena de miedos y complejos. Le comenté a mi amiga que me gustaba ese muchacho. Y me contó que era bueno, inteligente, pero que era sordo. Y que no hablaba muy bien. Te leía los labios. A mí no me importó eso. Me puse de novia. Yo 14 y él 17. Todo muy naif. Besos, abrazos. Me dejaban salir con él a bailar. ¡Sí! A bailar. Él se movía al sentir la vibración del piso y de un oído algo escuchaba. Me contó que se había quedado sordo de un oído a los cuatro años a causa de una fiebre muy elevada, y que el otro se había dañado.

Estuve de novia con él un año.

Cuando salíamos, yo pedía el boleto en el colectivo o las entradas del cine o el pedido en un bar. No me molestaba hacerlo. La que estaba preocupada era mi mamá, ya que llegó a decirme que, si me casaba con él y teníamos un hijo, y el bebé un día lloraba por algo, él no lo iba a escuchar, y que eso no estaba bueno.

Qué locura era que ya pensara en un casamiento, ¿no? Cuánto han cambiado los tiempos. Hoy en día una mujer puede decidir si tener hijos o no. En aquel momento, la maternidad era una materia obligatoria en la vida de cualquier mujer.

Un día estábamos en mi casa, nosotros en el comedor y mi vieja, en la cocina. Empezamos a besarnos. Muy acaloradamente. Él, acariciándome, bajó su mano hasta mis piernas. Yo, en pollera. De repente, sentí que su mano iba hacia arriba directo a la zona

prohibida. Le saqué la mano. Me asusté. Le dije que no quería. Enojada le dije que se vaya. Y se fue. Cuando cerré la puerta, me puse a llorar desconsoladamente. A la distancia, me doy cuenta que el lavado de cabeza de mi mamá estaba dando resultado. Corté con él. No sé si realmente quería hacerlo.

Era virgen. Tenía 15 años.

Terminábamos séptimo grado en la Escuela Albert Einstein.

Estábamos preparando la canción de despedida (no recuerdo cuál era) y la maestra de música, llevó un grabador para tener la canción grabada por si, debido a los nervios, olvidábamos la letra o la melodía. En un momento, cuando ya estaba todo preparado, ella nos dijo que los que mejor cantábamos nos situáramos más cerca del micrófono. Fue entonces que mis compañeros y compañeras dijeron: "¡Que Julia cante cerca porque es la que mejor canta!". Aquello fue una sorpresa para mí. Nunca había reparado en eso de que cantaba bien.

Si me remonto a los seis años recuerdo otro episodio con mi canto. Estaba en la fiesta de cumpleaños de mi hermano o, mejor dicho, en su Bar Mitzvá. En la colectividad judía, cuando el varón cumple 13 años, se realiza una ceremonia que significa que el niño pasa a ser un joven y en adelante será un judío activo y responsable en la sinagoga y en la comunidad judía en general. Mi familia realizó una fiesta (pagada por mi abuela Jane, seguramente) con una pequeña orquesta y un maestro de ceremonias que entretenía a los invitados. En un momento, me llamaron para que cante. Y ahí estaba yo, cantando "El orangután" de Chico Novarro. Muy desenvuelta, súper afinada y disfrutando del momento. La orquesta no tocaba. Yo cantaba solita a capella. Cuando terminé de cantar, el maestro de ceremonias, encantado con mi actuación, dijo: "Es una eximia cantante esta chica", y una amiga de mi hermano le sacó el micrófono y agregó: "Y sin orquesta, señores". ¡Qué loco! Eso quedó grabado en discos de pasta. En esa época se usaba grabar las fiestas. Y yo rescaté el que tenía mi canción y lo digitalicé.

En mi familia siempre hubo una doble moral. Se guardaban muchos secretos que fui descubriendo a lo largo de los años. Sin embargo, yo preguntaba y preguntaba.

Cuando uno empieza a mirar para atrás, se da cuenta de todo lo que vivió. Hoy tengo recuerdos acumulados que quieren salir, todos a la vez, todos juntos.

En Devoto, teníamos una mesa libro que se abría para comer en la cocina. El comedor se usaba para las visitas. Y cuando mi mamá lustraba el piso, se entraba con patines de tela para no rayarlo. Sentados a la mesa, mi papá, mi hermano y yo. Mi mamá, fritando milanesas. A medida que las fritaba las servía para que fuéramos comiendo. Ella, parada, sin comer. Se sentaba al final. Mujeres ama de casa. ¿Amas de qué?

Mi mamá me obligaba a tender la cama de mi hermano. “¿Por qué?”, le decía yo. “¡Que se la haga él!”. Y ella me contestaba: “Él es hombre”.

El plato que se servía primero para comer era el de mi papá. No solo era el primero, sino también el más abundante.

Nací pelada (¡curiosamente el público me reconoce por mi voz y mi cabellera!). Mi mamá me ponía un gorro y me ponía cinta adhesiva en las orejas que estaban muy separadas. Mi hermano me decía Dumbo. O narigasnada, por mi nariz, que no era como la de él, perfecta. No fui incentivada para elevar mi amor propio. Crecí llena de miedos, complejos e inseguridades. Desde mis 27 años hago terapia.

Tantos viajes a Brasil durante mis primeros años hicieron que tanto su música como la forma de ser su pueblo despierten en mí eso que tanto quería: libertad para disfrutar de la vida. La primera vez que vi a una embarazada con biquini y la panza al aire fue en una playa de Brasil. Recuerdo estar en San Paulo, en el departamento donde vivía ese señor que resultó ser mi abuelo biológico, en el centro de la ciudad. Junto a Lucy, una mujer negra que ayudaba a limpiar y cocinar, sentadas las dos frente a la tele mirando novelas. Y escuchando las cortinas musicales y las propagandas. Había mucha música. Eso me encantaba. Mi abuelo Simón estaba casado con una señora llamada Etale. Ellos tenían una barbería y un cabaret (Galo Vermelho). Conservo fotos en ese cabaret. Mi mamá, conmigo en la mesa principal, donde se sentaba el papá de mi mamá, y Etale. ¡Yo tendría 13 años y parecía de 20! Una menor de edad en ese lugar viendo por momentos a los hombres que iban y a las mujeres acercándose con besos y manoseos... Ahí se encontraban, tomaban algo y luego se iban a tener sexo. Al rato, esas mujeres volvían a buscar otro cliente. Recuerdo a los músicos que tocaban la guitarra y cantaban. Se ve que para mi mamá no era malo que una chica estuviera ahí viendo esas escenas. Fui criada con una doble moral. No se entiende el motivo, por lo menos, yo no lo entiendo. Gracias terapia...

Cuando nos fuimos de la casa donde había nacido en la Paternal, sufrí mucho. Nunca se lo conté a mi mamá. Aquello ocurrió cuando tenía seis años. Por entonces, no lo expresaba con palabras. Recuerdo un día que pasábamos por la esquina de esa casa (en un taxi), tendría unos ocho años, ya vivíamos en Devoto. Apoyada en la ventanilla del taxi y mirando hacia la casa me puse a llorar sin decir nada... Sentía una mezcla de tristeza, nostalgia y desconsuelo... Allí había vivido mis primeros seis años. De un día para el otro nos fuimos a un departamento prestado en Once, en Larrea al 300. El nuevo barrio era ruidoso, había mucha gente y negocios. No la pasé bien en la nueva casa. Era oscura, había un comedor con un sofá cama que se abría para que durmieran mi mamá y papá, un baño muy chiquito, cocina chiquita y una pieza donde dormíamos mi hermano y yo, y una chica que ayudaba a mi mamá con la limpieza, que a veces se quedaba. Creo recordar que mi hermano jugaba al doctor con esa chica. Vivimos ahí hasta que nos fuimos a Devoto. Ese lugar sí me gustaba. Compartíamos una pieza con mi hermano en donde entraban las dos camas, y había un escritorio que daba a una ventana grande. Mucha luz, entraba el sol... Una pieza para mis viejos, un baño, comedor, cocina y el balcón que no daba a la calle. Se veía el cielo. Por primera vez, no pagaban alquiler. Era una casa propia en Mosconi 3751 2 B entre San Nicolás y Joaquín V. González. A una cuadra estaba el club Bialik, donde se realizaban shows de artistas. Fue ahí que canté una vez con mi guitarra. Tendría 13 años más o menos. Me había llevado un amigo de mi papá que coordinaba las presentaciones. Se llamaba Israel, como mi papá (la diferencia es que él no se había cambiado el nombre, como mi viejo, que se puso Roberto de chico). Le decíamos Isra y yo lo quería mucho. Fue el primero que predijo mi futuro artístico. El día que canté en Bialik cantaba también Marikena Monti. Yo estaba sentada en un rincón con mi guitarra mientras ella se sacaba los zapatos

para ir a cantar. Se acercó a mí y me preguntó si estaba nerviosa. Obviamente le dije que sí y que no sabía qué hacer, si saludar, hablar, decir algo... Y entonces me dio un consejo. "Vos salí y cantá, después hablás". Ese consejo me sirvió para toda la vida.

El edificio nuevo estaba frente a un colegio de monjas. Recuerdo que mi mamá me decía, cuando yo me portaba mal, que si hubiésemos sido católicos me metía en ese colegio de pupila.

Mi papá trabajaba a unas cuadras de allí, en la carnicería que se llamaba "Los pibes".

iiiUn día llegó el teléfono!!! En esos tiempos no todos podían tenerlo. Qué felicidad poder avisar si llegábamos tarde a casa o hablar con aquellos que tenían teléfono también.

Mis recuerdos están hechos de imágenes y sensaciones que aparecen y se superponen en diferentes momentos.

La primera vez que tuve un orgasmo fue cerca de los diez años jugando con una almohada entre las piernas en Devoto. Apretarla con las piernas me gustaba y un día de repente tuve una hermosa sensación. Fue inolvidable, aunque en ese momento no entendía bien qué era.

Un día, mientras estaba en casa, fui a la pieza de mis viejos y vi un sobrecito en el piso. Lo abrí. Estaba sola, porque mi mamá estaba en el piso de abajo hablando con la vecina. Fui al balcón interno que daba al piso de abajo, me asomé, llamé a mi mamá y le pregunté “¿Qué es esto?”, mostrándole una especie de globo alargado que había sacado del sobrecito. Mi vieja subió inmediatamente. “¿Dónde encontraste esto?”, me dijo, y le contesté que en la entrada de su pieza. “Ay... este Juan...”, respondió, haciendo de cuenta que era de mi hermano... *Dale, vieja... era de papá.*

Una tarde, en plena calle, vi un beso de lengua de mis tíos. Mi tío tomaba con fuerza a mi tía Adelina, onda Valentino, y sacaba la lengua frotándosela en la boca a mi tía. ¡Un ascoooooo!

La pieza donde dormíamos mi hermano y yo en Devoto tenía dos camas paralelas. Mi hermano y yo estirando los brazos nos hacíamos cosquillitas antes de dormir. Cuando pasaron los años, y nosotros ya habíamos crecido, mi vieja puso un modular entre las dos camas.

Mientras dormía, mi hermano tenía erecciones que yo veía pero que, evidentemente, no debía ver...

Hablar del modular me conduce nuevamente a pensar en la doble moral en la que me crié. Mientras se evitaba que yo viera a mi hermano, no parecía tan malo que sí viera cómo un hombre, en el cabaret de mi abuelo Simón, tocaba el pecho de una mujer que trabajaba allí.

Esas personas se iban luego a otro lugar para tener relaciones. Pero en el cabaret empezaban las tocaditas, los besos, era un lugar de encuentros. Etale, la mujer de mi abuelo, estaba allí controlándolo todo, como una especie de madama.

En Devoto fue el inicio de mi camino por la música y el teatro. Primero fue la música. Discos, casetes, el Wincofon, mis actuaciones frente al espejo con mi primer micrófono sacado del Winco. Por ese entonces, mi hermano no estaba mucho en casa.

Yo era muy obediente de mi vieja, dependiente, insegura y miedosa. Jugar a cantar era mi deporte favorito. Me recuerdo poco sociable. Estudiaba, y pasaba mucho tiempo en casa. Mi colegio quedaba en el centro de la ciudad y nosotros vivíamos en Devoto, así que me levantaba muy temprano ya que pasaba el micro a buscarme. Era la primera en subir. Iba al fondo del micro y me acostaba en el último asiento a dormir. Por eso no podía quedarme después del colegio con mis compañeros y compañeras. A mi casa no venía nadie y yo tampoco iba a la casa de nadie. Mi vida era muy solitaria. Los fines de semana los pasaba con mis viejos en la casa de mi tía Ester o en el conventillo de mi abuela. Y algunos días de semana iba a visitar a mi papá a la carnicería, a unas cuadras de casa. Me gustaba estar allí. A veces lo ayudaba a cobrar a las clientas. Él me guiaba. Observarlo cómo usaba la máquina para cortar los bifés y el asado; o envolver los huevos con papel de diario. Me gustaba comer morcilla cruda. Él me la cortaba con esos cuchillos filosos en rodajas bien finitas. Esos eran momentos felices... con la radio de fondo siempre encendida. Cuánto trabajaba mi viejo. Él era el típico carnicero seductor de las clientas. Lo amaban. Siempre se lo veía pulcro, con gomina en el poco pelo que tenía. Fumaba. No tenía otros vicios. Cantaba tangos.

No la pasé muy bien en la escuela. Era de las miedosas, no era piola ni líder. En la escuela Albert Einstein, a la que fui de cuarto a séptimo grado, había alumnos de diferentes clases sociales. Yo venía de una casa humilde, de trabajadores. Mi abuela había elegido esa escuela, no sé por qué. Veía algunas compañeras que venían con cajas de lápices o marcadores de 12 o 24. Yo tenía de 6. Y siempre notaba una mirada subestimadora hacia mí. Nunca lo dije. No hablaba mucho con mis viejos. No tenía amigas con quienes compartir esos sentimientos. Hasta los 12 fueron años raros.

Cuando en séptimo grado empecé a cantar sentí que algo estaba cambiando en mi vida. Y así fue. Más allá de mi personalidad temerosa, acomplexada e insegura, había una energía naciendo desde lo profundo de mi ser y que me acompañaba, dándome ese empujón necesario para, a pesar de todo, enfrentar esas situaciones.

En Devoto viví situaciones que al día de hoy se han convertido en recuerdos imborrables. Un día, mi papá estaba haciendo sus cuentas en la mesa del comedor sobre la cual estaban sus libros, donde escribía cosas de la carnicería, gastos, entradas, deudas, etcétera.

De repente, comenzó a discutir con mi mamá hasta que la situación desembocó en gritos. En esos momentos mi vieja, que podía ser la más buena del mundo, se transformaba y sacaba un monstruo de adentro. Gritaba cosas horribles mientras mi viejo trataba de mantener la calma. Ese día, mi mamá fue a la cocina, trajo un sifón y le mojó los libros. Mi papá se levantó, la llevó contra la pared y la tomó del cuello. Yo lloraba e intentaba separarlos diciendo "¡Papá, no!". Y mi vieja se le reía en la cara.

Si bien en las fiestas eran la pareja perfecta y los primeros en salir a bailar, mostrándose divertidos y amorosos, en casa era otra cosa. Allí ya no eran tan amorosos y pasaban por muchas discusiones con gritos incluidos. Además, en casa no se hablaba mucho. Más bien se prestaba atención a la tele o a la radio. Cuando los años pasaron, y ellos se quedaron solos en la casa, la relación fue cambiando y se volvieron más compañeros. Había mate, charlas, y también televisión. Cuando mi viejo se enfermó se volvieron una pareja muy unida. Escribo esto y me dan ganas de llorar. Cuánto los extraño...

Anoche fui al cumpleaños de una amiga. Estábamos conversando con los invitados hasta que mi amiga comenzó a relatar una anécdota. Contó que en una fiesta escolar ella tenía que decir un texto y que en ese momento la sorprendió tal ataque de risa que no pudo seguir. Los directivos de la escuela, molestos, quisieron castigar su “falta de respeto” y le prohibieron ir a las excursiones. Como reflexión de la anécdota, mi amiga decía que le prohibieron las cosas que le daban placer. Pero yo la corregí diciendo que no era el placer sino el divertimento, haciendo una diferencia entre divertirse y sentir placer. La conversación continuó y ella contaba que a veces de tanta risa se hacía pis. Todos se rieron, pero a mí esto me condujo a un recuerdo bastante traumático.

Tendría seis o siete años. Cursaba la escuela primaria, creo que segundo grado. Estábamos en la clase y yo levanté la mano para ir al baño. La señorita me dijo que esperara. Yo no aguantaba y levanté nuevamente la mano para ir al baño. Pero la señorita nuevamente no me dejó. Yo me paré en el aula, no aguanté y me hice pis encima. Los alumnos empezaron a reírse y yo muy avergonzada empecé a llorar. Llamaron a la portera del colegio, quien me llevó al fondo y me prestó una bombacha de su hija, creo. Yo no quise volver más a esa escuela.

En esa época había primer grado, primero superior y segundo. Yo había pasado de primero a segundo. Según mi mamá, fue porque era muy inteligente. Raro. Eso hizo que tuviera un año menos que los compañeros de segundo.

Hice tercero en otra escuela en la que tampoco la pasaba bien. Era el colegio Mitre, que después de muchos años se transformó en un shopping. Ya no existe más. Quedaba en una esquina, en Once. Fue cuando nos mudamos de La Paternal a Larrea 315.

Mientras viajaba en el micro que me llevaba de mi casa en Devoto al Albert Einstein, al pasar por una iglesia yo hacía la señal de la cruz para parecer igual a mis compañeros, que hacían eso. Quería ser parte.

Qué difícil es ir para atrás con los recuerdos. A veces vuelven algunos que lastiman y ya no se pueden modificar. Solo podemos dejarlos ahí. Abrazar a esa niña y decirle "Acá estoy. Te quiero. Te acompaño". Esa nena tan miedosa, tan callada, que logró a través de la música cicatrizar algunas heridas. ¿Qué mecanismo es el que hace que todo aquello sane? ¿La terapia? ¿La maternidad? ¿La profesión? ¿Las pasiones? ¿El amor? ¿Los años? ¿Qué hizo que Jaie Sure viviera su infancia con tanta tristeza callando y omitiendo todo aquello que la angustiaba? ¿Qué era lo que no le permitía disfrutar de sus días de pequeña? ¿Qué veía frente a ese espejo cuando jugaba a cantar con su micrófono Winco? ¿Tal vez veía a otra nena feliz? ¿Cantar era su remedio? Curiosamente, así se llamó, años más tarde, un espectáculo que armé con canciones de María Elena Walsh, "El remedio es cantar".

Hoy sé que, en lo posible, traté de no cometer los mismos errores que cometieron conmigo descartando de mi vida adulta creencias como "Los chicos no hablan cuando hablan los mayores" o "De eso no se habla".

No es fácil crecer en silencio. Porque, en realidad, incluso en el silencio hay palabras. Son palabras que transitan un camino interior, que crean diálogos con una misma, que brotan de los ojos que miran y observan con atención y que se resisten a la indiferencia. Tuve que guardar silencio y escribir me recuerda todo lo que callé.

Cuando mis hijas eran chicas traté de darles confianza para hablar de las cosas que las hacían sufrir o enojar. Seguramente no me compartían todo, pero recuerdo que les cantaba “Hay que sacarlo todo afuera como la primavera, no vaya a ser que adentro algo se muera... hablar mirándose a los ojos, sacar lo que se pueda afuera para que adentro nazcan cosas nuevas...”, esa hermosa canción de Piero. También les decía que cuando se enojaran por algún motivo agarraran un almohadón y descargarán su bronca pegándole al almohadón... No sé si esto era muy didáctico o terapéutico, pero era divertido, y el tema era no quedarse con esa bronca adentro ni largarla enfrentándose con otras personas. Al final, terminaban riéndose.

Los tiempos cambiaron, o estamos en eso todavía. Cuando yo me morfabo todo, mi mamá me llevó a un médico que me prescribía anfetaminas para quitarme el hambre. Sólo tenía 12 años. Me hacían tan mal que me causaron pérdida de potasio y debilidad. También me llevaba para que me practiquen masajes con sistemas súper invasivos y dolorosos. Recuerdo a una masajista que me pasaba por las piernas una especie de palo de amasar dejándome moretones. O me hacía parar en una cinta vibratoria que colocaba en mi cola y vibraba a gran velocidad. Seguramente fue eso lo que me rompía los tejidos produciendo unas odiosas venitas. ¡Todo eso hacía conmigo en lugar de llevarme a un psicólogo/a para hablar!

Así crecí. Tapando, comiendo, sintiéndome gorda siempre, más allá de no serlo. Insisto, los primeros años de vida te marcan para siempre. Y si no te ayudan de chica, luego se hace muy difícil superar los años vividos. Es muy sorprendente para mí ver mis fotos de los 30 o 40 y darme cuenta de que no solo era una bella mujer sino también una profesional, una mujer madre. En esos tiempos yo me miraba al espejo y seguía viendo a esa nena de 12 años con 72 kilos.

Hago terapia desde los 27; sin embargo, hay heridas que no terminan de cicatrizar.

No me gustaba hacer gimnasia. En realidad, no era buena para los deportes y me daba mucha vergüenza mi cuerpo.

Me quejaba de un dolor en el coxis cada vez que volvía de clase. Me llevaron a un médico y cuando me revisó dijo que tenía un quiste congénito en el final de mi columna. Me dijo una frase que me acompañó durante mucho tiempo en mi cabeza: "Te comiste un hermanito", porque dicen que cuando se extraen esos quistes se encuentran pelitos, uñitas... Fue muy feo escuchar eso. Mi mamá se reía... pero de gracioso, nada. La cuestión es que este diagnóstico me eximió de gimnasia.

Mientras más escribo, más recuerdos de mis primeros años se asoman.

¿Por qué será que algunos de esos recuerdos quedan marcados para siempre? Siempre me quejo de olvidar momentos de mi historia. Sin embargo, de repente, vuelven.

En Devoto teníamos un pajarito amarillo llamado Rupipi. Estaba en una jaula arriba de la heladera. Una noche, mi hermano volvió con hambre y se calentó algo en el horno. Las ventanas de la cocina estaban cerradas. Creo que era invierno. Después de comer, se fue a dormir y cerró la puerta de la cocina. A la mañana siguiente, mi mamá encontró a Rupipi patas para arriba. Duro. Muerto. Según mi mamá, le había faltado oxígeno para respirar. Quizás el horno quedó prendido. No lo sé. Solo sé que Rupipi había muerto.

¡En Devoto también tuvimos un perro que era malo! Amaba a mi mamá de tal manera que no podías tocar el delantal que usaba para cocinar. Un día me quedé con ese perro, que no recuerdo cómo se llamaba, en la cocina. Las puertas estaban cerradas; era una frecuente costumbre cerrar las puertas, como se darán cuenta. Yo quise salir de la cocina, pero el perro se acercó y empezó a gruñirme. Me puse a llorar pidiendo por mi papá y mamá, que estaban en el comedor. No podía salir. Sentía pánico de que me mordiera. Mi viejo entró y le dio una patada muy fuerte. No me gustó eso, pero pude salir. Al otro día lo regalaron.

También tuvimos otro perro al que amé con todo mi corazón. Se llamaba Sultán y era un bóxer que dormía conmigo en mi cama. Mi mamá le limpiaba las patas y el pito antes de dejarlo subir a mi cama.

Me esperaba en la parada del colectivo cuando yo venía de la secundaria y movía su minicolita cuando me veía; yo era feliz. La triste noticia fue cuando mis viejos me dijeron que no podíamos tenerlo más. Tenía seis meses cuando lo dieron. Los odié. El motivo fue que una amiga de mi mamá le tenía miedo. Cuando venían de visita, Sultán le ladraba. Pero era rebueno. En realidad, nunca me quedó en claro si era por eso o por otro motivo que no pudimos tenerlo más.

Algo pasaba con los animales. Ahora que lo miro a la distancia, lo veo. Tuve una tortuguita a la que mi hermano le sacó un ojo con una aguja de tejer de mi mamá. El pajarito que murió asfixiado. El perro malo que me atacaba y terminó, creo, regalado. Sultán, mi bóxer amado, al que llevaron a una casa con mucho lugar para que pudiera correr (porque nuestro departamento era muy chico para un

bóxer) y no asustar a nadie... Y todo esto sucediendo durante mi infancia.

Cuando los años pasaron, mis viejos tuvieron un perrito negro chiquito que tampoco duró mucho viviendo con ellos.

Cuando mi papá murió, le regalé a mi mamá un gato siamés. Mi mamá lo quería mucho, pero era el terror de la familia. Si iban los nietos o nosotros mismos, nos atacaba. Te clavaba las uñas, te mordía. Malísimo. Un día atacó en la cara a Luisa, la señora que ayudaba a mi mamá con las tareas domésticas y el trabajo en mi casa hasta hace muy poco. ¡Le dejó las marcas de las uñas en la cara! Horrible.

Dicen que los animales se comportan según la crianza que reciben. Y que el siamés macho es bravo. Lo único que sé es que los animalitos no duraban mucho en la casa de mis viejos. Obviamente, le dijimos a mi mamá que ese gato era un peligro. Que algún día la iba a atacar a ella. Y así fue: un día ella apareció con un gran rasguño, una lastimadura, y por supuesto, el gato siamés hermoso fue regalado.

Mi miedo a las estatuas creo que nace a partir de una que había en una plaza. Era una madre con un bebé en brazos. La plaza que está a una cuadra del Cid Campeador, en Caballito. De chiquita solía ir allí con mi mamá. Es algo que no he conseguido superar. Tengo la sensación que en algún momento cobrarán vida. Por eso, nunca pude ir al Cristo Redentor en Brasil, por ejemplo. Cuando veo las fotos de las personas que se sacan fotos ahí me imagino que el Cristo los va a abrazar y eso me asusta. Lo mismo me pasa con los museos de cera. Nunca pude entrar en uno. Todo aquello que tenga tamaño de persona real o más grande y no sea real me asusta.

Hace poco pasé por esa plaza y vi esa madre de piedra con el bebé. La recordaba enorme y en realidad es bastante pequeña... Claro, los puntos de vista. La observadora niña es ahora una observadora mujer. A medida que el tiempo pasa, las cosas van cambiando de tamaño... como nosotros.

Escribir me conduce por un laberinto de interrogantes, y descubro un árbol genealógico truncado. ¿Dónde florecieron las raíces de mi abuela, qué nombres susurraron sus padres? ¿Cómo se entrelazaron sus destinos con los de mi abuelo David? ¿Conocía él el secreto de su amante? ¿Por qué mi mamá, un día que estaba enojada, lo acusó de "cafishio"? ¿Por qué el apellido de mi tía Ester es el mismo de mi mamá, desafiando la lógica de los lazos de sangre? ¿Por qué el exilio polaco dejó a mi tía en tierras lejanas, para luego marcarla con un nombre ajeno? ¿Por qué? ¿Hochberg, un enigma compartido? ¿Y la muerte de mi abuelo, un misterio entre rumores de asesinato y caídas de árboles? ¿Eran sus manos hábiles para el hurto, como susurraba mi madre? ¿O fue la deportación, como una sombra, la que se lo llevó? ¿Por qué durante su infancia, mi madre se refugió en la casa de una tía, lejos del calor de su propia madre? Preguntas que resuenan en el vacío, sin eco de respuestas.

Yo preguntaba y me mentían. Por dentro sabía que había cosas ocultas, lo intuía incluso de niña. Escribir este libro me permite echar luz y sanar parte de mi historia. Aceptar la imposibilidad de desentrañar todos los misterios y que no podré contárselo a mis hijas. Mentiras tejidas como velos, secretos que ocultaban la verdad.

Envidio a quienes saben de su pasado, que conocen sus raíces, que pueden trazar el mapa de su linaje y así construir una genealogía reconocible. Crecer en un jardín de mentiras y secretos ha sido un terreno fértil para la desconfianza y el miedo, dos emociones que me acompañan desde la infancia y sobre las que trabajo día a día en una lucha constante por sanar las heridas del pasado.

“Hay que sacarlo todo afuera como la primavera... no vaya a ser que adentro algo se muera... hablar mirándose a los ojos, sacar lo que se puede afuera para que adentro nazcan cosas nuevas...”, les cantaba a mis hijas.

Nuevas, nuevas, nuevas...

Nuevas, nuevas, nuevas...

De eso se trata, tal vez. De las preguntas sin respuesta que se transforman en semillas de una nueva narrativa. En el silencio de los secretos, en la ausencia de las voces perdidas, encuentro la fuerza para forjar mi propio árbol genealógico. No uno de linaje, sino de espíritu. Un árbol cuyas raíces se nutren de la tierra de mi verdad, y cuyas ramas florecen en la primavera de mi presente. Porque, al final, la historia que realmente importa no es la que nos fue contada, sino la que elegimos escribir.

En eso estoy.

EPÍLOGO

Por Juan Simón

Mi querida hermana, al leer tu libro siento culpa.

Es verdad, no fui el mejor hermano que te pudo tocar, tantos celos imposibles de manejar para un nene de seis años. Después de mucho tiempo pude decirte que los dos fuimos víctimas de una familia disfuncional, pero que también nos unía, como hermanos, un amor profundo, más allá de cualquier explicación.

Siempre supe que eras alguien muy especial, como cuando necesitaba tomarte de tu mano para dormirme, o cuando cantaste en el Luna Park con Mercedes Sosa.

Aunque no lo supieras, o mejor dicho, porque nunca te lo dije, FUISTE MI ÁNGEL GUARDIÁN y lo seguís siendo.

Orgullosamente, Hermano de Jaie Sure.



SOMOS GALERNA: editorial, librerías y distribuidora

Te esperamos en www.galernaweb.com para compartir más novedades y lecturas.

Podés seguir nuestras publicaciones en redes sociales y dejarnos tus opiniones, reseñas y comentarios:

[I: @galernalibros](https://www.instagram.com/galernalibros)

[F: Galerna Libros](https://www.facebook.com/GalernaLibros)

[X: Galerna Libros](https://www.x.com/GalernaLibros)

[TT: galerna libros](https://www.tumblr.com/galerna-libros)

Y visitarnos en nuestras librerías Gandhi|Galerna del país:

En Ciudad de Buenos Aires:

Galerna Palermo, Cabello 3615

Galerna Centro, Av. Corrientes 1916

Gandhi Centro, Av. Corrientes 1694

Galerna San Telmo, Perú 1064

Galerna Belgrano, Av. Cabildo 1852

Galerna Recoleta, Uruguay 1049

Galerna Puerto Madero, Aimé Painé 1165

En provincia de Buenos Aires:

Galerna Pilar, Paseo Champagnat, local 156

Galerna Pilar, Paseo Pilar, local 43

Galerna Bernal, Belgrano 423

Galerna Mar del Plata, Hipólito Yrigoyen 1719

En Neuquén:

Galerna Paseo de la Patagonia, local 3027

Podés escribirnos a info@galerna.net

¡GRACIAS POR CONFIAR EN NOSOTROS!